

UN INFORME DE JEAN LACOUTURE

El 15 de septiembre de 1948, Moscú acogía con señales de amistad y confianza al primer representante del Estado de Israel, al que el generalísimo Stalin había decidido reconocer después de que lo hicieran los Estados Unidos. El representante en cuestión era una mujer: se llamaba Golda Meir.

Lo primero que hizo la futura primer ministro del Estado de Israel fue girar una visita a la sinagoga de Moscú con ocasión del año nuevo judío. Esta visita suscitó un inmenso movimiento de interés y emoción: según observadores fidedignos, más de 50.000 personas acudieron al lugar de la ceremonia y sus alrededores, por todas partes se oían cánticos hebreos. Nunca se había producido en Moscú un movimiento de masas semejante desde la revolución, es decir, un movimiento totalmente voluntario. Acababa de ocurrir algo que iba a tener ciertas repercusiones en la política «judía» por un lado, e israelita, por otro, de Stalin.

A los veintidós años de aquello no es posible imaginarse un viaje de la señora Meir a Moscú. La Unión Soviética no envía a Jerusalén más que amonestaciones, amenazas y avisos. Desde hace más de dos años están rotas las relaciones diplomáticas entre el Estado judío y la Unión Soviética: y antes de la entrega de la nota soviética, el martes pasado, en Washington, Londres y París el único problema era saber hasta dónde llegaría el apoyo militar concedido a los árabes por los soviéticos. Las ilusiones de Meir, que duraron largos años (hasta después de la guerra de los Seis Días), han quedado muy lejos. En una perspectiva política a largo plazo, la URSS, cofundadora del Estado hebreo, parece bien anclada en el campo de los que si no desean destruir al sionismo, intentan por lo menos aislarlo.

Seis días antes de la visita de Zorin al Quai-d'Orsay, Henri Lefebvre, en una conferencia dada en el Collège de France, recordaba las tesis de Marx en «la cuestión judía». El judío no es más que el agente de cierto sistema de intercambio y de producción, y acabar con la explotación y la alienación equivaldría a resolver la cuestión judía. Palabras que por lo excesi-



El 15 de septiembre de 1948, Moscú acogía con señales de amistad y confianza al primer representante diplomático de Israel, que Stalin había reconocido como Estado inmediatamente después de que lo hicieran los Estados Unidos. El embajador era una mujer: Golda Meir. Veintidós años después no es posible imaginarse un viaje de la señora Meir — hoy en el puesto de máxima responsabilidad de su país — a la capital soviética. Los tiempos han cambiado...

vas que resultan pierden eficacia, pero que no han dejado de influir, desde 1840, sobre los diversos teóricos del marxismo.

Sería temerario y, sobre todo, demasiado simple creer que la clave de la política soviética se encuentra en los textos del joven Marx. Pero se puede perfectamente buscar una filiación entre una estrategia diplomática fundada esencialmente sobre los intereses de un Estado que cada vez se parece más a los otros Estados existentes, y las audaces especulaciones del fundador del comunismo. Se puede, en todo caso, sacar a la luz la continuidad de un antisionismo que fue una de las constantes del movimiento marxista, de la socialdemocracia alemana, luego rusa, y, por último, del bolchevismo, antes de que Stalin, por razones estratégicas, cuya explicación resultaría muy interesante, rompiera por algún tiempo (desde 1947 hasta 1956) con esta línea, y contribuyese así de manera definitiva al nacimiento de un Estado que sus sucesores hoy denuncian como puro instrumento del imperialismo.

Mientras que hombres como el menchevique Martov recogían, en su esencia, las tesis de Marx y de Engels (a los que podría calificarse no de «antisemitas», como hacen hoy en día hombres como Robert Misrahi, sino de «asemitas»), Lenin veía en el pueblo judío de Rusia, mucho más «diferente» y alienado que las comunidades israelitas occidentales, uno de los elementos constitutivos de las fuerzas revolucionarias de la Unión. Para Lenin sólo existía el problema de una absorción progresiva de las comunidades judías, sin perjuicio de su originalidad y de su cultura, en la colectividad socialista. Hasta 1925, sin embargo, aquel movimiento específicamente judío que era el «Bund» estuvo autorizado, e incluso la organización sionista «Paoley Sion»; pero la línea general era la de integrar los bloques socio-culturales judíos en la empresa revolucionaria.

Nadie creyó más que Leon Trotski en este ideal, nadie luchó con mayor ardor que él. Nadie hizo tanto para que aquella comunidad judía, de la que él mismo procedía, se fundase en el conjunto soviético. Siete años después, el propio

Trotski debía protestar con auténtica indignación, en carta enviada a Bujarin, contra la resurrección de una corriente antisemita en las altas esferas del Partido, en la época en que Stalin desencadenaba contra él su campaña contra «los desarraigados cosmopolitas». Diez años después, el antiguo jefe del Ejército Rojo había evolucionado lo suficiente para declarar a un periódico de Méjico: «Hay que contar con que la nación judía se mantendrá durante toda una época futura. Ahora bien, la nación no puede existir normalmente sin territorio».

Tres opciones

El que los líderes revolucionarios y los cuadros, judíos o no, fuesen hostiles al sionismo en tanto que ideología liquidadora, ya que sustituye a la lucha de clases por una perspectiva religiosa y nacionalista, es fácil de entender, a pesar de las emocionantes tentativas de practicar un auténtico socialismo marxista en Palestina: las de hombres como Baer Borojov o David Gordon. Pero, por lo que respecta a las masas judías de la Unión Soviética durante tanto tiempo maltratadas, siempre encerradas en sus «ghettos», ¿cuál fue su actitud frente al sionismo? En sus «Ensayos sobre el problema judío», Isaac Deutscher, judío polaco y marxista, escribe: «En nuestra parte del mundo, los sionistas eran una minoría activa, ciertamente, pero que nunca pudo ganarse a la masa de sus correligionarios. Los enemigos más fanáticos del sionismo eran precisamente los trabajadores, los que hablaban «yiddish», los que se consideraban judíos. Todos ellos se oponían fuertemente a la idea de emigrar a Palestina... Los antisionistas consideraban que aceptar el éxodo, aceptar la evacuación de los países en los que tenían sus hogares y donde sus antepasados habían vivido durante siglos y siglos, equivalía a abdicar de sus derechos, ceder a presiones hostiles, claudicar frente al antisemitismo. Para ellos, el antisemitismo triun-

LA UNION SOVIETICA E ISRAEL

faba en el sionismo, que reconocía la validez del viejo «slogan»: «¡Los judíos, a la puerta!».

Deutscher tiene, además, la honestidad de añadir que ese antisionismo tomó, a partir de 1940, un giro trágico, y de interrogarse sobre lo bien fundado de sus propias campañas contra el sionismo, que habría quizá ofrecido, dice, un refugio a gran número de sus compatriotas asesinados. Pero su oposición doctrinal, con respecto a las de Trotski y Rosa Luxemburgo, sigue siendo la misma.

Hasta 1930, el régimen soviético ofreció tres vías posibles a los judíos de la Unión: por un lado, la asimilación pura y simple; por otro, bajo Stalin, la conservación de una autonomía cultural en el cuadro de la «nacionalidad», lo que tuvo como resultado, dice Rodinson, el «congelamiento» de la comunidad israelita; siendo la tercera alternativa la reagrupación territorial y política en el Birobidjan, territorio de Asia en la frontera de la China septentrional, que fue, durante un cuarto de siglo, un pequeño Israel soviético.

El gran giro de 1947

El fracaso de esta empresa dio bastantes argumentos a los militantes sionistas. A decir verdad, los sucesores de Lenin no ofrecieron apenas oportunidades a la citada «región autónoma» (nunca se la consideró república como se considera, por ejemplo, a Armenia), en la que nunca hubo más de 30.000 judíos, de un total de 110.000 habitantes que contaba Birobidjan hacia 1940. Durante una decena de años, unos cuantos animadores judíos y no judíos se dedicaron con pasión a la tarea. El presidente del Soviet y el jefe del ejecutivo eran judíos. Las minas de hierro fueron explotadas con pleno éxito; pero llegó el huracán nazi y dio al traste con todos los esfuerzos realizados para solucionar el problema judío. En 1958 se intentó resucitar el Birobidjan; la tentativa fracasó.

Si en Moscú no se tomó nunca

demasiado en serio al Birobidjan es porque no se había abandonado la idea de la asimilación. Bajo el impulso de Lunatcharsky, comisario del pueblo para la Educación, se desarrollaron una prensa, unas escuelas y un teatro «yiddish». Grandes escritores, como Isaac Babel, hablaban en términos entusiastas de la revolución. La propia cultura hebrea, con la compañía teatral «Habbima», fue fomentada durante algún tiempo. En resumidas cuentas, hasta la resurrección de la corriente antisemita, que coincidió con la gran campaña contra la pequeña burguesía, hacia 1926, la revolución había representado una auténtica promoción para el pueblo judío —no sin que hombres como Lázaro Kaganovitch, que fue el último de los grandes bolcheviques judíos que ocupó un alto cargo en el Gobierno, diese pábulos al antisemitismo en Ucrania, llevando a cabo, con insigne brutalidad, la colectivización de las tierras.

Puesto que el antisemitismo seguía profundamente enraizado en las masas rurales; ninguna Iglesia cristiana ha puesto mayor acento

que la ortodoxa en el carácter «decidido» del pueblo judío, y ningún pueblo está menos armado para apreciar en su justo valor tan siniestro equívoco. La guerra y sus horrores habrían podido deshonrar de modo decisivo el racismo en la conciencia popular; pero la propaganda nazi fue eficaz, sobre todo en Ucrania, donde denunció aquella «guerra a favor de los judíos», sin que el poder stalinista pudiese oponer argumentos racionales. Con el éxodo y luego durante la carestía de 1946, los pequeños comerciantes judíos de los medios rurales, más hábiles y mejor coordinados que los demás, trataron de salir del apuro mediante procedimientos típicos de circunstancias semejantes y que parecen dar razón a las tesis de Marx; el resultado fue un crecimiento del antisemitismo.

Desde las grandes purgas de 1930, 1936 y 1938, que afectaron sensiblemente a importantes bolcheviques de origen judío, hasta el período de colaboración con el hitlerismo, durante el cual la eliminación de Máximo Litvinov coincidió con la entrega a los nazis de

diversos revolucionarios alemanes refugiados en la Unión Soviética, y finalmente con motivo de las peripecias crueles de la guerra y con el renacimiento —útil desde el punto de vista de la estrategia, aunque perjudicial desde un punto de vista cultural— del chauvinismo panruso, la situación de los judíos en la Unión Soviética nada más acabar la guerra y en vísperas del triunfo del sionismo no pudo ser más inquietante.

Y es cuando alcanza su máxima intensidad esta ola, en la que el antisemitismo apenas camuflado enlaza con un antisionismo fundado sobre una tradición constante y producto de las mejores fuentes revolucionarias, cuando José Stalin va a decidirse a tomar una de las decisiones más sorprendentes de su carrera: la de apoyar la última etapa de la empresa de Herzl, coadyuvar al triunfo de la Agencia judía y abandonar la tesis llamada de «el Estado binacional», es decir la de reconocer al joven Estado de Israel.

Esta decisión no fue, por otra parte, un súbito capricho. Des-

UN INFORME DE JEAN LACOUTURE

de 1943 se venían observando síntomas de interés por parte de Moscú hacia la población judía de Palestina. En la recepción concedida a un diplomático francés, cierto alto funcionario soviético declaraba en septiembre de 1943: «Si la Unión Soviética se interesase por Palestina, sería más bien gracias a los colonos judíos que a los árabes subdesarrollados». Y en diciembre, Ivan Maisky, futuro embajador en Londres, fue como representante oficioso a Palestina.

El 14 de mayo de 1947, en la tribuna de las Naciones Unidas, el portavoz soviético, Andrei Gromyko, viceministro de Asuntos Exteriores, pronunció el discurso más inesperado que haya pronunciado ningún diplomático soviético desde los primeros comentarios hechos, diez años antes, por Molotov nada más firmarse el pacto germano-soviético, discurso que fue calificado por un portavoz de la Liga Árabe de «segunda declaración Balfour» y que tenía valor de visado para el futuro Estado hebreo: «Durante la última guerra, los Estados occidentales no supieron proteger las vidas y los bienes de sus súbditos judíos. Por eso los israelitas tienen pleno derecho a buscar una tierra donde poder defender su seguridad...».

Frases matizadas, dirán ustedes. Naturalmente. Pero hay que tener en cuenta el cambio que representaba tal opción para un sistema que no había dejado de profesar que el sionismo significaba traición y desertión. Gromyko hablaba de los judíos de occidente y no de los del campo socialista. Pero desde los comentarios del joven Marx hasta aquel aval otorgado al nacionalismo hebreo, el camino era muy largo. Y que no se diga que se trataba de un movimiento general, de un mar de fondo que sumergía a la opinión mundial y a las Naciones Unidas al mismo tiempo, y que obligó a los soviéticos a resignarse a una adhesión. También, por aquel entonces, Georges Bidault hacía saber, en nombre de Francia, que los «intereses árabes» de su país imposibilitaban a éste la adopción del plan de repartición. En cuanto a Gran Bretaña, sabemos que continuaba oponiéndose, por boca de Bevin, al plan americano tendente a la creación de dos Estados palestinos, porque uno de ellos le enajenaría el mundo árabe.

Seis meses después, otro portavoz soviético, Semion Tsarapkin, confirmaba, en la misma tribuna de las Naciones Unidas, la adhesión soviética a la estrategia sionista en términos bastante convincentes: «Los sufrimientos del pueblo judío durante la guerra le dan derecho a una tierra en la que poder

refugiarse». El 29 de noviembre, finalmente, la delegación soviética vota, junto a la de Estados Unidos, a favor del proyecto de división, que convierte en irreversible la creación del Estado judío.

París y Londres habían hecho pública su inquietud ante las consecuencias que tal gesto tendría sobre sus relaciones con los árabes: no ocurrió lo mismo con la Unión Soviética. Esta tuvo que registrar, sin reaccionar, la ola de anticomunismo que se extendió entonces por todo el mundo árabe, desde Damasco, donde fue desarticulado el sólido partido de Khalid Bagdache, y se linchó a tres de sus mejores cuadros, hasta Bagdad, donde todos los dirigentes fueron encarcelados y acusados de traición, pasando por El Cairo, donde ciento cincuenta de los mejores cuadros marxistas del país (con Henri Curriel a la cabeza) fueron internados y sometidos a los tratamientos más brutales.

Pero estas reacciones no minaron la determinación de Stalin. A lo largo del año 1948, no cesa el

apoyo de Moscú a la causa sionista. En marzo, Gromyko impone su veto a un ofrecimiento de negociaciones a través de la ONU consideradas generalmente como favorable a los árabes. El 15 de mayo la Unión Soviética reconoce a Israel pocas horas después de que lo hicieran los Estados Unidos, y anticipándose a París y a Londres.

La ruta del mar caliente

Estalla la guerra: la Unión Soviética se pronuncia en favor del primer armisticio, que salva a la Haganah, peor equipada entonces que los árabes y en situación de inferioridad numéricamente hablando. Durante el armisticio, las armas que reciben los combatientes israelíes proceden, sobre todo, de Checoslovaquia a través de Yugoslavia. En diversos países del Este, sobre todo en Polonia, se establecen oficinas de la Agencia Judía para tratar de reclutar oficiales judíos de esos países. Y cuando, en el mes de septiembre, en plena guerra, Tel-Aviv abre en Moscú su primera embajada, ésta es confiada a una personalidad de primer plano, jefe de los servicios políticos de la Agencia Judía, encargada de las negociaciones con el Rey Abdallah de Transjordania: la señora Golda Meir. Como se ve aquí, la amargura sucedió muy pronto a la euforia. El mes de septiembre de 1948 debía representar el punto culminante de esta luna de miel entre la Unión Soviética y el sionismo. Por breve que haya sido, bastaría recordar que el sionismo habría podido convertirse en un activo compañero de viaje del dirigente del campo socialista.

¿Por qué? ¿Por qué Stalin, que fue seguramente de todos los padres fundadores del primer Estado socialista el menos inclinado a simpatizar con la causa judía y que, en tanto que inventor del sistema de las nacionalidades, creía más que nadie en el valor del federalismo para resolver los problemas de las minorías y de las características culturales, trató de reconciliar durante cierto tiempo al sionismo y al bolchevismo?

Se nos ocurre inmediatamente una respuesta un tanto cínica: que ese antisemita que fue Stalin trató de encontrar en el sionismo la solución del problema judío. No habría sido ni el primero ni el último paladín de ese sionismo de los anti-

semitas, en el que tanto confiaba Jabotinsky, quien intentó conservar sus buenas relaciones con el fascismo. Pero esa respuesta evidentemente no basta. La decisión de 1947 fue probablemente producto de un análisis a varios niveles. Al considerar el Oriente Medio, a principios de 1947, el dirigente soviético ve que son tres fuerzas las que allí se enfrentan: Gran Bretaña, las monarquías árabes y el sionismo.

El poderío británico está ciertamente menguando: en Grecia, por ejemplo, está a punto de renunciar en favor de Estados Unidos. Pero en otras partes, en la ruta del mar caliente, el petróleo y Suez, Stalin ve cómo se levanta ante él la Gran Bretaña: en Turquía, donde apoya al nacionalismo turco; en Irán, donde ha contribuido al fracaso de sus presiones en Azerbaiján; en el Irak, donde ejerce una influencia sin reservas de ninguna clase.

Podemos sorprendernos hoy de que, para enfrentarse a un imperialismo declinante, Stalin hiciera, en el asunto de Palestina, causa común con Truman. Pero no hay que olvidar el clima de la época, Yalta y Churchill no están lejos (y Churchill, precisamente, acaba de lanzar la cruzada anticomunista). Londres sigue pareciendo una gran potencia, y Stalin tiene tendencia a trabajar sobre esquemas clásicos. Provocar la eliminación de Palestina de esos británicos que acaban de oponerse en Irán, Grecia y en Trieste, al avance del socialismo, es hacer bien las cosas. Los americanos están ocupados con Atanas: se hará saltar el cerrojo, se creará un vacío. La explotación vendrá luego.

Pero la estrategia de Stalin va más allá de una simple contradicción entre imperialismos. El dirigente soviético calibra también a la sociedad árabe y la ve presa de un feudalismo agonizante, manipulado por las grandes compañías petrolíferas. Pero también en este caso nos puede extrañar la indudable simpleza del análisis. ¿No pudo ver perfilarse, más allá de aquellas superestructuras medio podridas, otro mundo árabe, el de los pueblos en los que las organizaciones revolucionarias habían echado ya raíces profundas, Irak, Siria y Egipto, por ejemplo? Aunque se dudase del inmediato surgimiento de un socialismo árabe, ¿no podía imaginarse la aparición de un nacionalismo de las clases medias al que Nasser y Kassem iban a uniformar?

El 14 de mayo de 1947, el portavoz soviético Andrei Gromyko, viceministro de Asuntos Exteriores, pronunciaba un discurso que fue calificado por un portavoz de la Liga Árabe como una "segunda declaración Balfour". Eran los tiempos de Stalin.



Antisionismo y antisemitismo

Nada menos natural en Stalin que la confianza en un movimiento revolucionario que no estuviera promovido por Moscú, y sobre todo en esos países extraños en los que aquel oriental «montado» en la capital soviética no veía más que folklore. ¿Qué se podía esperar de los árabes, sobre todo de los revolucionarios, sino molestias y más aún aventuras? Sin embargo, próximo a su territorio, y dirigido por líderes que no le eran totalmente desconocidos, el Tudeh persa le había decepcionado. ¿Qué ocurriría con esos partidos lejanos de extraños nombres, como el «Hado» de Egipto?

Lo que se preparaba en Palestina, por el contrario, le parecía de un futuro más prometedor. Claro que el equipo dirigente del sionismo estaba por aquellos años empapado de una tradición socialdemócrata pequeño-burguesa y fuertemente atada a Norteamérica. Pero la resistencia opuesta por la Agencia judía a los británicos era impresionante. Gente que acabaría rompiendo con Estados Unidos... Además, eran rusos y polacos con los que era más natural trabajar que con los árabes. Y más todavía: la industrialización de Palestina, que aseguraría el capital americano, iba a dotar a esa nueva sociedad de unas bases obreras y a implantar, sobre esa orilla del Mediterráneo, una clase de la que podría muy bien surgir un movimiento socialista más sano que el que pudiese emanar de las masas campesinas de los países vecinos, de esas sociedades rurales medio feudales que el sultán Galieve había querido, veinte años antes, convertir en el auténtico foco revolucionario de la Unión Soviética, lo que le había valido el máximo rigor del sistema stalinista.

En resumidas cuentas, desde 1947 hasta 1949, José Stalin hizo casi tanto como Harry Truman en pro del joven Estado de Israel. Pero las ilusiones se desvanecieron muy pronto. Más aún que la seducción ejercida sobre el judaísmo ruso por el nuevo Estado, cosa que pudo apreciar la señora Golda Meir en la bienvenida que le organizó la comunidad judía de Moscú, a Stalin empezó a preocuparle lo amistoso de los vínculos entre Tel-Aviv y Washington.

A principios de 1949, el Import Export Bank (organismo paraguernamental americano) concedía al joven Estado un préstamo de cien millones de dólares. Al año siguiente, Israel, que había sido, por cierto, uno de los primeros Estados que reconocieron a la China popular, se puso de parte de los occidentales en el asunto de Corea.

Es entonces cuando empieza a extenderse por la URSS y sus entonces países satélites esa ola de antisionismo que iba a adoptar las formas más odiosas, desde el proceso Slansky, donde se inició la confusión entre denuncia del sionismo y caza de judíos, hasta el antisemitismo de Estado, impuesto a Polonia quince años después por los hombres del general Moczar. Hasta la muerte de Stalin, en marzo de 1953, que permitió la interrupción ordenada por Malenkov de las persecuciones contra los «asesinos de blusa blanca» (éstos no podían ser, en el clima de la época, más que judíos), la Unión Soviética conoció una reacción antisemita a la medida de sus impulsos prosionistas de los años 47 y 48.

La desaparición de Stalin fue un momento decisivo de esta crisis. En febrero de 1953, para coronar un largo período de tensión, Moscú rompe sus relaciones diplomáticas con Israel. El dictador muere un mes después. La reanudación de dichas relaciones tiene lugar el mes de julio siguiente.

Pero la llegada al poder de Nikita Krushev iba a reavivar la fiebre. El dirigente ucraniano no era, como se sabe, particularmente prosemita. No es ahí, sin embargo, donde hay que ver la clave de su política judía, sino en el desarrollo de la estrategia «tercermundista» que él impulsó hasta transformar a Cuba en un portaaviones y a Egipto en un trampolín del socialismo. En diciembre de 1955, Krushev pronunció ante el Soviet Supremo una requisitoria de una violencia sin precedentes contra Israel. La URSS e Israel volvían a romper sus relaciones diplomáticas en otoño de 1956. A la ruptura habían contribuido la locura de franceses y británicos, así como el maquiavelismo de David Ben Gurion. Y nadie habrá olvidado que, el 27 de noviembre de aquel año, los dirigentes soviéticos amenazaron con una lluvia de cohetes nucleares a París, Londres y Tel-Aviv.

Desde entonces no ha cesado la escalada de enemistad entre soviéticos e israelíes. Durante su viaje al Nilo, en el mes de mayo de 1964, Nikita Krushev se negó, cierta-

LA UNION SOVIETICA E ISRAEL

mente, a condenar la existencia del Estado hebreo como esperaban de él todos los árabes.

En 1958 se publicaba en Moscú la primera obra impresa en la Unión Soviética sobre el Estado de Israel. Se trata de un tejido de críticas extremadamente acerbas y de pronósticos pesimistas. Pero, por venenosa que sea, esta obra no pone fundamentalmente en tela de juicio la existencia del Estado hebreo.

La guerra de los Seis Días debía acentuar todavía más el antagonismo existente. No obstante, daría lugar, entre otros episodios rocambolescos, a un intercambio de cartas casi amistosas entre Levy Eshkol y Kossyguin. Inmediatamente antes de desencadenar la batalla, el primer ministro israelí recordó a su colega soviético la postura de Moscú en 1948 y la participación de la Unión Soviética en la fundación del Estado de Israel. Pero se sabe que tales recordatorios no tuvieron efecto alguno. Sea cual fuere la opinión que tienen los soviéticos de sus aliados árabes, lo cierto es que no están dispuestos a perdonar a Israel la faena de haber puesto en tela de juicio su credibilidad en tanto que apoyo de los pueblos del Tercer Mundo.

«Los judíos del silencio»

Es por eso por lo que, desde hace algunos meses, se oyen de boca de los dirigentes soviéticos ciertos comentarios que, incluso bajo Stalin, habrían parecido poco verosímiles. El propio Gromyko, es decir, el hombre de la «segunda declaración Balfour», declaraba recientemente que la política del grupo dirigente de Israel es «tan mala y tan peligrosa que podría tener como consecuencia la destrucción

del mismo Estado». Aquí no se habla, es verdad, más que de suicidio: pero tal hipótesis puede significar muchas cosas. Y no podría resumirse mejor la posición actual de los soviéticos que citando algunos extractos de un artículo recientemente publicado en el semanario «New Times», de Moscú, por el delegado permanente de la URSS en las Naciones Unidas, N. T. Fedorenko. Bajo el título de «Perfidia y agresión», este diplomático compara la política de Israel a la de los nazis, y añade:

«En el Oriente Medio, en el Sudeste asiático y en Latinoamérica, es la misma mano criminal la que golpea, el imperialismo es en todos los casos el mismo. Al igual que el suelo de Vietnam, el territorio árabe está empapado de "napalm" y se multiplican los crímenes contra la población civil. Se trata siempre del mismo complot imperialista contra los pueblos libres, contra la gran causa de la liberación nacional».

Tan firme condena de Israel no se ve compensada por una sensible mejoría en la situación de las comunidades judías de la Unión Soviética. En su hermoso libro «Los judíos del silencio», Elie Wiesel describe la confusión de esta comunidad privada de la mayoría de los derechos de asimilación que fundaron su esperanza en los primeros años veinte.

Es verdad que la Unión Soviética puede exhibir un vicepresidente del Consejo judío, Dychitz, pero los israelitas de Kiev y de Odessa preferirían en su lugar tener escuelas, periódicos y derecho de circulación.

Desde hace poco más de un año, sin embargo, el gobierno soviético ha entreabierto una puerta, permitiendo a algunos de sus súbditos judíos la emigración a Israel. Se calcula en cuatrocientas o quinientas personas de un total de tres millones, aproximadamente, el efectivo de los que han visto recompensadas sus convicciones sionistas. Curiosa política que hace que nos preguntemos si tendrá por objeto hacer presión sobre los países árabes en el caso de que sus exigencias fuesen excesivas, o si estará más bien destinada a tranquilizar a las comunidades judías de Occidente, y sobre todo a las de Estados Unidos. Sea como fuere, el caso es que interesa a los dirigentes de Moscú recordar de vez en cuando el potencial que representa entre sus manos esa inmensa comunidad israelita, cuya intervención podría modificar las perspectivas del conflicto. ■ J. L.